

<https://doi.org/10.55422/bbmp.755>

**Azaña, Manuel. *Vida de don Juan Valera*.  
Edición de Antonio Martín Ezpeleta, Cabra, Ayuntamiento, 2005,  
236 p. (Colección “Año Valera”, 1).**

Los estudios de Manuel Azaña sobre Valera dan comienzo hacia el final de 1924 y no concluyen sino con su muerte, aunque desde 1929 no publicase más en torno a un personaje que al parecer algo antes le atraía bien poco, tanto en lo literario, como en lo moral («¡Todavía el 98!», 1923). Sin duda el contacto con la documentación personal, las prodigiosas cartas especialmente, que la hija de don Juan, Carmen Valera Delavat, puso a su disposición a través de Rivas Cherif y el estudio de la misma cambiaron la primera percepción. Es sabido que en 1926 Azaña recibe el Premio Nacional de Literatura con su *Vida de don Juan Valera*, texto a la fecha perdido. El profesor Martín Ezpeleta ahora edita un manuscrito autógrafo, a su vez la primera biografía de Juan Valera, que vendría a ser una pieza intermedia entre dicho original perdido, del que sería un resumen, y la introducción de *Pepita Jiménez* (Madrid, La Lectura, 1927), de la que es considerado como un borrador. El manuscrito procede de la documentación de Azaña que guardaba Francisco Rodríguez Marín, bibliófilo y erudito, director de la Biblioteca Nacional y amigo personal de Valera en sus últimos años.

Gran parte del valor del libro reseñado radica en lo que muestra del modo de trabajo de Azaña, cuya redacción se concretaba en una serie de borradores paulatinamente pulidos y completados. El cuidado aparato crítico da cuenta del proceso en pormenor. Se trata de una metodología atenta al matiz continuo y con el objetivo de expresar que «la cinta fugitiva y brillante de la conciencia personal, donde tantos hilos se urden, es cada vez más delicada, más sensible, más difícil de reducir a una forma escueta» (*Estudios de política francesa*, 1919). Por esos mismos años, Giles Lytton Strachey inicia una revolución en el género biográfico a la que permanece ajeno Azaña, pero ambos comparten el interés por la psicología a la hora de dar cuenta de una historia de vida. Y la clave de la personalidad de Valera según su biógrafo es dibujada así en el «Estudio introductorio»: «la búsqueda del reconocimiento que su orgullosa conciencia de sí mismo le exige, y la satisfacción que le produce el análisis de su vida y su realidad a través de la escritura» (p. 34).

El texto editado se divide en cuatro partes, a las que Martín Ezpeleta pone título matizando a su vez lo expuesto en la introducción: I. Una educación aristocrática y liberal, II. La formación de una identidad. El escritor y el político (acaso decir «El diplomático y el escritor» hubiese sido más acorde con la realidad de los hechos), III. La consolidación literaria. La novela de *Pepita Jiménez* y IV. Reconocimiento y fe de vida. Juan Marichal ha destacado especialmente el factor autobiográfico en los textos valerescos de don Manuel,

con el problema de la vocación y el aprendizaje secreto de escritor como aspectos centrales, y el André Maurois que en *Aspects de la biographie* (1928) abordaba el género «comme moyen d'expression» avalaría la propuesta. El discurso que comentamos abunda al respecto y, a partir de dicho planteamiento de fondo, aborda la pintura de la circunstancia a que se enfrenta la vocación «irresoluta» de Valera (p. 71), el siglo XIX español, la era de los empresarios y de las profesiones libres, otra arraigada preocupación del intelectual complutense. La operación se realiza, claro, sin renunciar a la mirada oblicua a su propio tiempo, ya por vía de contraste, ya para tirar líneas de continuidad.

Ahora bien, la parte del león del libro se concede a las palabras más vivas, hoy como entonces, de la obra de Juan Valera: su correspondencia y *Pepita Jiménez*. En las extensas citas de cartas puede mostrarse, sin perjuicio del decoro tan querido por él, el *hombre completo*, del dolor y la queja además de la sonrisa y el donaire, con la ironía grave y la llaneza elegante que Azaña señala como sus bazas más destacadas. Y por lo que a su novela mejor se refiere, el foco del investigador recupera el aspecto de la intimidad que prefería Valera, a saber, la experiencia amorosa, para analizar los entresijos de esa verdadera filografía novelada. La dependencia mutua entre la narración y la *tentativa dramática* conocida como *Asclepiogenia* ratifica la visión del hombre que tiene el autor, pues en ambos textos se señala que su grado de excelencia está constituido por «el acuerdo de espíritu y naturaleza» (p. 182).

En el caso de uno y otro, biografiado y biógrafo, tal acuerdo tuvo en la operación de leer una piedra de toque privilegiada. Así que el segundo hacia el final de este «borrador» recuerda cómo leía el primero: «atención cuidadosa al espíritu español e información lo más cabal posible del ajeno» (p. 227). No se pierda de vista que, como dice Manuel Azaña, don Juan Valera murió escribiendo, precisamente acerca del lector que fue Alonso Quijano en trance de celebrar aniversario y por encargo de la Academia Española. Así rinde su curso un libro de importancia para el conocimiento de dos de los más altos prosistas contemporáneos de nuestras letras, lo evidencian las voces mezcladas de ambos en sus páginas, voces tratadas en esta ocasión con el rigor filológico que merecen.

ENRIQUE SERRANO ASENJO  
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA